

Introducción a la arquitectura

Profesor Jorge Sainz

TEXTOS

De Adolf Loos, "Ornamento y delito",
conferencia pronunciada en 1908 y publicada en 1913.

Ornamento y delito

El embrión humano atraviesa en el cuerpo de la madre todas las fases de desarrollo del reino animal. Cuando la persona nace, sus impresiones conscientes son iguales a las de un perro recién nacido. Su infancia atraviesa todas las transformaciones correspondientes a la historia de la humanidad. A los dos años ve como un papúa, a los cuatro años como un germano, a los seis como Sócrates, a los ocho como Voltaire. Cuando tiene ocho años llega a reconocer el violeta, el color descubierto en el siglo XVIII, pues antes el violeta era azul y el púrpura rojo. El físico muestra hoy en el espectro solar colores que ya tienen nombre, pero cuyo reconocimiento está reservado a las personas del porvenir.

El niño es amoral. El papúa también lo es, para nosotros. El papúa mata a sus enemigos y los devora. No es ningún delincuente. Pero si la persona moderna mata a alguien y lo devora, es un delincuente o un degenerado. El papúa tatúa su piel, su barca, su remo, en una palabra todo lo que está a su alcance. No es ningún criminal. La persona moderna que se tatúa es o un delincuente o un degenerado. Hay prisiones en las que un ochenta por ciento de los presos muestran tatuajes. Los tatuados que no están en prisión son delincuentes latentes o aristócratas degenerados. Si un tatuado muere en libertad, habrá muerto algunos años antes de llegar a cometer un crimen.

El impulso de ornamentarse la cara y todo lo que esté al alcance de uno es el origen del arte plástico. Es el balbuceo de la pintura. Todo arte es erótico.

[...]

Pero la persona de nuestro tiempo que, por impulso interior, pringue las paredes con símbolos eróticos es o un delincuente o un degenerado. Es natural que este im-

pulso sorprenda con más fuerza en los excusados a personas con tales síntomas de degeneración. Puede medirse la cultura de un país por el grado en que están ensuciadas las paredes de los retretes. En el niño es un síntoma natural: su primera manifestación artística es el emborronamiento de las paredes con símbolos eróticos. Pero lo natural en el papúa y en el niño es, en la persona moderna, un síntoma de degeneración. He encontrado la siguiente sentencia y se la ofrezco al mundo: la evolución de la cultura es proporcional a la desaparición del ornamento en los objetos utilitarios. Con ello, creí darle al mundo nueva alegría; no me lo ha agradecido. Se entristecieron y agacharon la cabeza. Lo que les deprimía era saber que no podía inventarse ningún nuevo ornamento. ¿Cómo, sólo nosotros, personas del siglo XIX, seremos incapaces de hacer lo que es capaz de hacer cualquier negro, lo que han sido capaces de hacer todos los pueblos y todos los tiempos anteriores a nosotros? [...] Entonces dije: no lloréis. Ved, es esto lo que caracteriza la grandeza de nuestro tiempo: que no sea capaz de ofrecer un nuevo ornamento. Hemos superado el ornamento, nos hemos decidido por la desornamentación. Ved, está cercano el tiempo, el gozo nos espera. ¡Pronto relucirán como muros blancos las calles de las ciudades! Como Sión, la ciudad santa, la capital del cielo. Pues ahí estará el gozo.

[...]

Cuando quiero tomar un trozo de empanada, escojo uno que sea bien liso, y no uno que represente un corazón, un niño con pañales o un jinete recubierto de ornamentos. El hombre del siglo XV no me comprenderá. [...] Los vistosos guisos de siglos pasados, que mostraban toda clase de ornamentos para hacer parecer más apetecibles los pavos, los faisanes, las langostas, producen en mí el efecto contrario. Con horror voy por una exposición culinaria, si pienso que tendría que comerme esos cadáveres de animales disecados. Yo como *roast beef*.

[...]

El ritmo del desarrollo cultural sufre con los rezagados. Quizá yo viva en 1908, pero mi vecino vive en 1900 y aquel de allí en 1880. [...] ¡Afortunado el país que no tiene rezagados ni depredadores! ¡Afortunada América! [...]

Los rezagados retrasan el desarrollo cultural de los pueblos y de la humanidad, pues el ornamento no sólo es producido por delincuentes, sino que es un delito, porque daña considerablemente la salud del hombre, los bienes nacionales y, por tanto, el desarrollo cultural. [...]

El ornamento es fuerza de trabajo malgastada y, por ello, salud malgastada. Así fue siempre. Hoy, además, también significa material malgastado, y ambas cosas significan capital malgastado.

Como el ornamento ya no está unido orgánicamente a nuestra cultura, ya no es tampoco la expresión de nuestra cultura. El ornamento que se crea hoy no tiene ninguna conexión con nosotros, no tiene en absoluto conexiones humanas, ninguna conexión con el orden del mundo. No es capaz de desarrollarse. [...]

Yo he instaurado la sentencia: que la forma de un objeto aguante tanto tiempo, es decir sea soportable tanto tiempo, como físicamente aguante el objeto. Quiero intentar explicarlo: un traje cambiará su forma más a menudo que una valiosa piel. La *toilette* de baile de la mujer, destinada para una sola noche, cambiará su forma más rápidamente que una mesa de escritorio. Pero, ¡ay, si tiene que cambiar la mesa de escritorio tan rápidamente como una *toilette* de baile, porque a uno se le haya vuelto insoportable su vieja forma: entonces se ha perdido el dinero empleado para la mesa de escritorio.

Esto lo saben bien los ornamentistas [...]. Dicen: «preferimos un consumidor que tenga una decoración que se le haga insoportable ya al cabo de diez años, y que esté obligado por ello a amueblarse cada diez años, a uno que no se compre un objeto hasta que el viejo está gastado. La industria lo requiere así. El cambio rápido da empleo a millones.» Este parece ser el secreto de la economía nacional [...].

La pérdida no atañe solamente a los consumidores, atañe sobre todo al productor. El ornamento en cosas que, hoy, gracias al desarrollo, hayan llegado a ser desornamentadas significa fuerza de trabajo malgastada y material estropeado. Si todos los objetos aguantaran tanto estéticamente como lo hacen físicamente, el consumidor podría pagar por ellos un precio que daría a ganar más dinero al trabajador, teniendo que trabajar menos tiempo. Por un objeto que estoy seguro de poder aprovechar completamente y gastar hasta el final, pago a gusto cuatro veces más que por uno de peor forma o material. [...]

Las cosas ornamentadas causan verdaderamente un efecto inestético cuando han sido ejecutadas con el mejor material y con el más alto esmero, y cuando han requerido un largo período de trabajo. No puedo negar haber exigido antes que nada trabajo de calidad pero, como es comprensible, no para tales cosas.

La persona moderna, que considera sagrado el ornamento, como signo del derroche artístico de épocas pasadas, reconocerá inmediatamente lo atormentado, lo penosamente conseguido y lo enfermizo de los ornamentos modernos. Ningún ornamento puede nacer hoy de alguien que viva en nuestro nivel cultural.

[...]

Mis zapatos están completamente cubiertos de ornamentos, que constan de festones y agujeros. Trabajo que ha hecho el zapatero, que no se le ha pagado. Yo voy al zapatero y le digo: «Usted pide treinta coronas por un par de zapatos. Yo le pagaré cuarenta.» Con ello levanto a este hombre a una altura feliz, que me la agradecerá con trabajo y material que, en su calidad, no están en ninguna relación con el precio de más. Es feliz. Pocas veces llega la felicidad a su casa. Ante él tiene un hombre que le entiende, que estima su trabajo y que no duda de su probidad. En su imaginación ya ve ante él los zapatos acabados. Sabe dónde encontrar hoy la mejor piel, sabe a qué trabajador confiará el trabajo y sabe que los zapatos tendrán festones y agujeros, tantos como quepan en un zapato elegante. Y ahora le digo: «Pero le pongo una condición. El zapato debe ser completamente liso.» Entonces le he empujado desde las alturas más dichosas hasta el tártaro. Tendrá menos trabajo, pero lo he quitado toda la alegría.

[...]

La falta de ornamento ha llevado a las restantes artes a alturas insospechadas. Las sinfonías de Beethoven no habrían sido escritas por un hombre que tuviera que ir metido en seda, terciopelo y puntillas. Quien hoy en día vaya por ahí en traje de terciopelo no es un artista, sino un bufón o un pintor de brocha gorda. Nos hemos vuelto más finos, más sutiles. Los miembros de las tribus tenían que distinguirse con diferentes colores, la persona moderna utiliza su vestido como máscara. Su individualidad es tan grande que ya no se expresa a través de vestidos. Ausencia de ornamento es signo de fuerza intelectual. La persona moderna utiliza los ornamentos de culturas primitivas y exóticas a su gusto. Su capacidad de invención la concentra en otras cosas.